

REPAROS A LA BONDAD
DE LAS CRONICAS PERIODISTICAS
DE DON MANUEL GUTIERREZ NAJERA

POR

ARIEL RUIZ

John Gay College. CUNY

Los amigos de don Manuel Gutiérrez Nájera no sólo se sentían atraídos por las cualidades de su obra, anunciadora de una nueva sensibilidad literaria, sino también por su «bondad» como rasgo humano característico. Carlos Díaz Dufoo, que convivió con el «Duque Job» en tertulias y redacciones de periódicos, exalta, a los diecisiete años de su muerte, la afabilidad de su trato, así como el valor permanente de sus escritos: «Vive, aparte del inextinguible perfume de su bondad, la fuerza que anima su obra»¹. Según Luis G. Urbina, otro contertulio de don Manuel fue «su temperamento, infinitamente piadoso», lo que le permitió triunfar con «una sonrisa bondadosa y pía, consoladora como una caricia»², de los ataques de sus enemigos y de la amargura de la lucha cotidiana. Amado Nervo confirma los juicios anteriores cuando se pregunta: «... cómo esa vida breve almacenó tanto saber y tanta bondad; ... tanta bondad a pesar del insulto perpetuo, de la envidia siempre en acecho, de la pobreza y de la enfermedad y de la brega sin cuartel?»³. Sin embargo, digámoslo ya, de la lectura de sus crónicas periodísticas no se desprende una imagen tan perfecta de su carácter. Gutiérrez Nájera —magnífico como poeta y cultivador de la prosa española—, que en su época posó y pasó por soció-

¹ Carlos Díaz Dufoo, «Umbral (Prólogo)», en Manuel Gutiérrez Nájera, *Hojas sueltas* (México: Antigua Imprenta de Murguía, 1912), p. xiv.

² Luis G. Urbina, «Introducción», en Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras en prosa* (México: Tip. de la Oficina Impresora del Timbre, vol. I, 1898), pp. vi y vii.

³ Amado Nervo, «Prólogo», en Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras en prosa* (México: Tip. de la Oficina Impresora del Timbre, vol. II, 1903), p. viii.

logo⁴, no quiso o no se atrevió a llegar a la raíz del drama social de su pueblo, aunque como periodista tenía que sentirse motivado por esa imperiosa realidad diaria. Salvador Novo, cronista oficial (y por vocación) de la capital mexicana contemporánea, lamenta que el brillante retratista de plazas, paseos y calzadas, bosques y alamedas, iglesias, catedrales y conventos, no nos haya dejado una imagen de los lugares oscuros del D. F. de ayer: «¿No habría barrios pobres; gentes en ellos incapaces de descifrar las citas francesas de sus crónicas, o aun de leerlas?»⁵. Si los había, y Gutiérrez Nájera los visitaría por casualidad para, de inmediato, volverse hacia la consideración de preocupaciones más exquisitas. He aquí una reacción típicamente najeriana ante el mundo de los desposeídos, de paso en Veracruz, en compañía de un «distinguido poeta», Luchichí: «Cierta noche tomé una carretera para pasear por lo que llaman 'Extramuros'... Llegamos a una especie de infecto portalón, frontero a la Laguna de los Cocos. A los acordes de una mala murga danzaban en promiscua algarabía negros, mulatos, marineros, cargadores, princesas de petate y tres o cuatro gomositos mexicanos. El cuadro no puede ser más repugnante. Huele mal, se toma en la cantina una cerveza detestable, y los danzones atarantan y marean. Lo que no me extraña es que no haya nunca en esos bailes, en los del «Recreo» y en los otros menos groseros, algún muerto o herido... Satisfecha mi curiosidad y vista de cerca las costumbres populares, salimos del infecto portalón, en el que permanecemos un momento. Las noches de Veracruz son deliciosas. Refresca la atmósfera y puede pasearse sin temor a una apoplejía fulminante... Luchichí, que es un joven muy simpático, me iba recitando versos de Salvador Díaz Mirón: tal se rocía un pañuelo con esencia para pasar muladares y pantanos»⁶.

En este gesto elegante, no exento de cursilería, se manifiesta el afán de huida que está en la base misma del Modernismo hispanoamericano. Innegables las aportaciones de este movimiento literario, especialmente en el dominio de la forma, de su aristocratismo y desarraigo, deriva, en cambio, la postergación que hizo de la realidad americana inmediata y explicaría la dureza con que Gutiérrez Nájera trató lo que no encajaba dentro de los patrones de belleza tomados de la rancia Europa. Démosle, pues, la razón al cubano Juan Marinello cuando, en amigable polémica con su

⁴ «... y cuando este libro leas, te preguntará lo que yo me he preguntado muchas veces: ... Merced a qué conjuro fue a la vez sociólogo y poeta, economista y literato...», *ibid.*

⁵ Salvador Novo, «Evocación de Gutiérrez Nájera», en *Letras vencidas* (Xalapa: Universidad Veracruzana, 1962), p. 37.

⁶ Manuel Gutiérrez Nájera, «Veracruz de día y de noche», en *Obras en prosa*, op. cit., vol. I, p. 280.

paisano Manuel Pedro González, afirma que «ningún primate del Modernismo nos deja una obra que traduzca con eficacia y hondura la realidad trágica y promisoramente de nuestro continente. Todos, comenzando por el guía y maestro, cantan a los volcanes y los ríos gigantescos, no a los hombres y mujeres que viven en sus cercanías»⁷. El escritor que comentamos no sólo relega el elemento humano a un segundo plano, sino que le antepone al majestuoso paisaje autóctono, otro mirado en términos de lo europeo: «Antes de examinar la población, miremos a vuelo de pájaro los campos amenísimos que la rodean... Podéis poner la escena de un idilio en ese pintoresco pueblecito. Lo habitarán, sin duda, sucias indias; mas no penséis en los senos colgantes de esas hijas enfermas, de una raza degradada, ni en el rapaz canijo que toma sol, revuelto con los cerdos, en la puerta de su casucha; poblado de labradores ideales ese lugar poético y tranquilo; allí puede bailar Rosaura al son del alegre tamboril... Inconscientemente, ante el grandioso cuadro que ilumina una luz potente, intensa como la que alumbra los paisajes de Claudio Lorena, se recuerdan las grandes perspectivas de la bahía de Nápoles con sus riberas bordadas de naranjos, las montañas de Apulia, la isla de Caprea y las costas de Pausilypo. El espíritu encuentra el parecido, sin poder precisar en dónde está»⁸.

Al exilio psicológico —y al fariseísmo también, pues parece haber tenido gran capacidad para gustar de las mujeres— no más puede deberse el que prefiera —es lo que dice— la belleza rubia a la morena de su tierra: «En efecto, para unos ojos habituados a admirar la hermosura robusta que han inmortalizado los pintores flamencos, la belleza de las veracruzanas es una disonancia. Ni sus formas son amplias ni la leche y la rosa compiten en su cutis: no puede darse nada más distinto de las mujeres que pintaba Rubens. Esta no es ciertamente la hermosura que ataviamos con los arreos de una sultana y ponemos bajo la sombra de la higuera sobre un tapiz pérsico; es la belleza de la hamaca: huele a coco. Un inglés o un alemán creería que las señoritas de Veracruz están siempre desveladas. Más que de mármol blanco o alabastro parecen figuras de terracota. Si fuera lícito compararlas con los libros diría que están impresas en papel lino. Hay más vida y más amor en esas epidermis de calentura. Yo creo que el agua se evapora al caer en ellas»⁹.

El prejuicio contra las personas de piel morena se intensifica cuando se refiere al negro. Veamos rápidamente estas muestras: «Si un conquis-

⁷ Juan Marinello, *Sobre el Modernismo* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1959), p. 17.

⁸ Manuel Gutiérrez Nájera, «Cuernavaca», *op. cit.*, pp. 294-295.

⁹ «Viaje alrededor de las veracruzanas», *ibíd.*, pp. 290-291.

tador africano entrara triunfante en la ciudad de Roma mandarían que un-tasen de betún las grandes estatuas. Los ojos de ese hombre no son, pues, iguales a los míos; su cerebro está conformado de una manera distinta: no es mi semejante... Nuestra raza es el afloramiento de la tierra. Tenemos datos para presumir que nuestro criterio vale más que el de los negros... No he visto sapos que miren al sol; pero sí he visto negros enamorados de mujeres blancas...¹⁰ «¡Ya vuelven las revoltosas golondrinas! Pero ¿de dónde vuelven? Dicen algunos que de Africa... Yo no puedo creerlo. ¿Qué han de ir a hacer esas inocentes entre tanto negro?»¹¹.

Ante la «eterna» pobreza, Gutiérrez Nájera mostró una solidaridad retórica, curialesca. Comprendió la arbitrariedad de una sociedad dividida en clases, pero la aceptó como una fatalidad: «La pícaro distinción de castas y de clases, que trae tan preocupados a los pobres, existe entre los paraguas y las sombrillas. Hay paraguas de algodón y paraguas de seda...»¹². Sus llamados a la compasión del pobre, más que hacernos sentir indignación por una condición no escogida libremente, nos la hacen atractiva. Los pobres son más buenos y decentes que los ricos «y aman más a sus mujeres»¹³. Las mujeres pobres son más «honradas» (fieles) que las adineradas, «porque es difícil pervertirse siendo pobre»¹⁴. Sin embargo, confiesa paladinamente que no se casaría con ninguna de ellas «porque mi amor por las mujeres pobres no llega hasta el matrimonio, pero aquí estoy para consolarlas con caricias y para decirles que creo en su virtud»¹⁵. Cuando alguno de sus pobres roba o mata, el refinado moralista de las *Cuaresmas del Duque Job* no estudia las motivaciones sociales del delito para enseñarse contra el puritanísimo fondo pecaminoso de todo hombre. Sus comentarios a «El crimen de la profesora», que conmovieron al México de entonces, recuerdan la santurronería alarmante y los esquemas apresurados de la prensa sensacionalista de hoy: «Digna de tomarse en consideración es la circunstancia de que todos los presuntos reos de este crimen habían estado ya en la cárcel, aunque por delitos relativamente mínimos. A excepción de Coleta, que nunca estuvo en la cárcel, sino en peores lugares, los acusados han sido todos huéspedes de lo que en Belén pudiera llamarse el cajón de la basura moral... Martínez mata con la inconsciencia y brutalidad de nuestros 'léperos'. Es la bestia hu-

¹⁰ «Las fiestas del 14 de julio», *ibid.*, p. 225.

¹¹ «Humoradas dominicales. Obertura de primavera», *ibid.*, p. 318.

¹² «Memorias de un paraguas», *ibid.*, p. 203.

¹³ *Ibid.*, p. 213.

¹⁴ «La vida en México», *ibid.*, p. 124.

¹⁵ *Ibid.*, p. 125.

mana. Caballero, que había proyectado el robo, deja la dirección de éste a Nevraumont, por el encogimiento con que el trigüeño ve al blanco y el respeto rencoroso con que, a pesar suyo, ve el hombre del pueblo a aquel de clase superior a quien está habituado a obedecer. Troffel y Nevraumont son los que, compitiendo en astucia, habilidad y codicia, se disputan lo mejor del robo. Martínez es el indio desconfiado, cabiloso y cruel que mata para que no lo roben los dos blancos»¹⁶. La agresividad de este lenguaje racista, falto de caridad y comprensión hacia el caído, convierte en burla una vez más la «delicada sonrisa» que uno de los mejores estudiosos de la obra que glosamos se empeña en verle al «hombre bueno que fue Manuel Gutiérrez Nájera»¹⁷.

Párrafos aparte necesitarían sus sarcasmos contra la intelectual, por haber invadido «los dominios del hombre»¹⁸; contra «la mujer de la calle», pues «no tiene derecho a ser madre»¹⁹. Se diría que puesto a escoger entre la misericordia y la vara de la justicia, se decidiría por ésta. Para Gutiérrez Nájera, la piedad es un «monstruo» que nos deja «a merced del primer desalmado que, gracias a la conmiseración de unas cuantas costureras y otros tantos periodistas», rodea la cabeza del culpable con «la aureola de los mártires»²⁰. ¿Dónde encajar, pues, la desconcertante opinión que sobre este autor tenía nada menos que José Martí?: «... estimo mucho a Nájera, no tanto por su talento, que es extraordinario, como por la nobleza de su corazón... Pensaba en él cuando escribía en días pasados, a propósito de otro, que tenía en su pluma todos los colores, menos el del veneno»²¹.

En una página rescatada del olvido gracias a la investigación erudita de Ernesto Mejía Sánchez, y en relación con un litigio contra el director de un diario que coleccionó y vendió como suyos los artículos de uno de sus redactores, don Manuel Gutiérrez Nájera defiende los derechos de propiedad intelectual del redactor, quien, sin embargo, había dedicado muchos de sus trabajos a zaherirlo. Usa, sin duda, palabras generosas de solidaridad profesional. Pero no deja de transparentarse la voz desfalleciente que se duele —eterna queja— de la debilidad de la naturaleza humana

¹⁶ *Ibid.*, p. 325, 337.

¹⁷ Francisco González Guerrero, «La sonrisa del Duque Job», en *Cuaresmas del Duque Job y otros artículos* (México: Ediciones Chapultepec, 1946), p. 16.

¹⁸ Manuel Gutiérrez Nájera, «Las mujeres de talento», en *Obras en prosa*, op. cit., vol. II, p. 430.

¹⁹ «Los hijos de esas señoras», *ibid.*, p. 441.

²⁰ «La piedad suprema», *ibid.*, pp. 457, 458.

²¹ José Martí, *Cartas a Manuel Mercado* (México: Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1946), p. 184.

ante el acoso y ajetreo de la vida diaria: «¿Quién de nosotros no ha publicado artículos de los que después ha maldecido, porque la pasión se los dictó o porque fueron producto del apremio con que pide el cajista 'original'? ¿Y podríamos permitir que esos engendros del malhumor, de la necesidad o de la cólera quedaran en un libro significando nuestra personalidad moral?»²². Y ante esto sí rendimos las armas.

²² Manuel Gutiérrez Nájera, *Cartas del jueves*. Edición y prólogo de Ernesto Mejía Sánchez (México: Las Letras Patrias, 1957), p. 101.